

solo y *El incendiado*, conforma una trilogía —*Primera vez*—, así llamada a causa de sus narradores infantiles o adolescentes. Juliana es una niña de diez años que pertenece a una familia acaudalada y poderosa. Un pobre humor, fundado en estereotipos, abre la novela: la familia da una fiesta a la que asiste un embarazoso presidente de la república, un general viejo-verde, dos damas que “hacen cultura” y Camila, la amiguita que iniciará a Juliana en la sexualidad. En la fiesta, además, Juliana descubre la relación que tiene su madre con Esteban, el chofer de la casa. Este descubrimiento es el que determina el título de la novela y su morosa temática voyeurista.

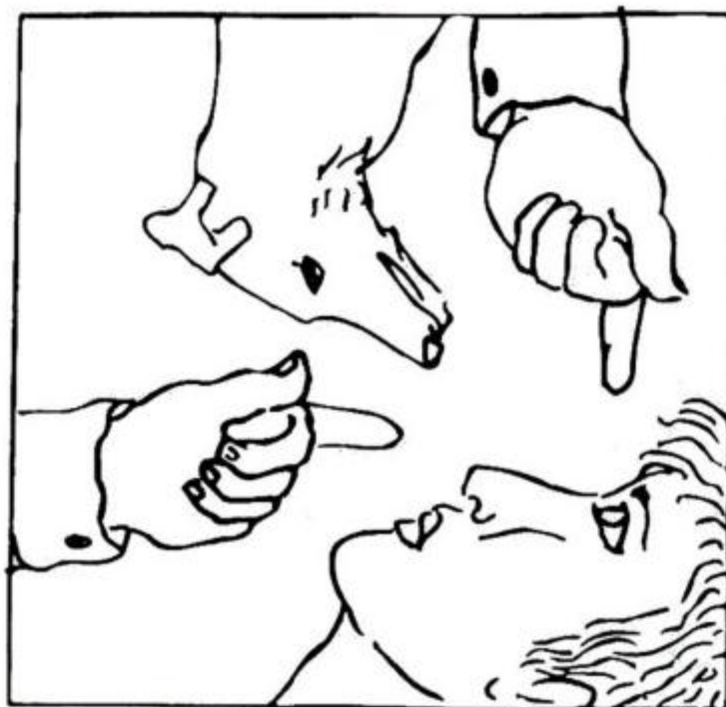
Juliana intenta dormir cuando escucha la perentoria voz de su madre que se dirige a Esteban. “Aquí no”. Luego los sigue a la cocina y lo que entonces ve no es incomprensible. Contra la idea de que Juliana tenga diez años y no sepa nada de la sexualidad, las escenas que describe están referidas con la precisión de quien está en el secreto de lo que sucede y conoce el código de lo que ve:

[...] los dedos tan blancos y largos de mamá, ensortijados, se enredan en el pelo ensortijado de Esteban, lo acarician y lo peinan, palmoteándolo, parecen darle ánimos, lo envuelven y lo jalan hacia ella, y luego bajan y rasguñan su cuello y espalda y es como si sus uñas fueran a rasgar la tela del uniforme de Esteban [...]. [pág. 77]

Los narradores niños no son extraños en la narrativa colombiana. Uno de los más célebres, el muchacho que asiste a un funeral en *La hojarasca*, se caracteriza menos por el vocabulario que emplea (que, después de todo, difiere poco del vocabulario de su madre y del médico) que por aquello que ve o llama su atención (“siento como si fuera domingo porque no he ido a la escuela y me han puesto este vestido de pana verde que me aprieta en alguna parte”⁴). No ocurre lo mismo con Juliana. Descontado el hecho de que su vocabulario no corresponda al de una niña de su edad, los detalles que percibe parecen descritos por el deseo de otro, de alguien

que puede discernir las minucias de la gimnasia sexual y que sin duda presta más atención a las placenteras reacciones de la mujer que a las de su criado. En este sentido, Juliana es menos un personaje encerrado interminablemente en una escena (“Juliana los mira”) que un pretexto para desarrollar un relato voyeurista cuya perspectiva es adulta y masculina.

Tal la debilidad más grave de su principio de composición. Hay otra acaso no menos grave: su exceso verbal. Suele decirse que el deseo del *voyeur* se alimenta de una sustitución que nunca consigue realizar, y que inacabablemente anhela convertirse él mismo en objeto de una mirada sin dejar por eso de mirar. Movida por ese deseo, la niña se compara a su madre (“mamá se abre de piernas, como yo, de pie sobre la silla” [pág. 117]), o espera de su padre una caricia como las de Esteban (“entonces vuelve a pegarse entre mí, con toda su fuerza, y yo le digo que no, que aquí no, abajo” [pág. 230]). En ese propósito de ver más, de lograr una sustitución, de llegar más abajo, la novela podría extenderse interminablemente. Que el episodio del comienzo —el padre jugando con Juliana— sea semejante al del final, le ofrece a Rosero Diago una ocasión fortuita para aliviar a sus lectores y cerrar el relato en círculo, en el lugar común de una espiral.



Juliana los mira fue escrita hace ya casi un decenio. Su reseña en este momento obedece al hecho de publicarse por primera vez en Colombia. En 1987 fue editada en España y en los años siguientes fue traducida en Suecia, Dinamarca, Finlandia, Noruega y Alemania. A juzgar por la cubierta de la edi-

ción colombiana, donde se reproducen las cuatro cubiertas de las (¿cinco?) traducciones de la novela, el editor concibe esa difusión como un honor. Más prudente, más responsable que atribuirle la consagración de su autor en los países nórdicos, es considerarla en el contexto de las obras que Rosero Diago ha publicado desde *Cuento para matar un perro (y otros perros)* hasta *Señor que no conoce la luna: Juliana los mira* forma parte de una prehistoria que abarca los largos —pero no interminables— años de aprendizaje de un escritor empecinado.

J. EDUARDO JARAMILLO-ZULUAGA
Denison University, Ohio

¹ Obra comentada por este reseñista en *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 9, 1990, págs. 60-61.

² En la contracubierta de *El incendiado*, Bogotá, Planeta, 1988.

³ Sobre las novelas de estos años, véase J. Eduardo Jaramillo-Zuluaga “Dos décadas de novela colombiana: los años 70 y 80”, en: Luz Mery Giraldo B., *La novela colombiana ante la crítica: 1975-1990*, Bogotá, Universidad del Valle, Universidad Javeriana, 1994, págs. 43-70; Alvaro Pineda Botero, *Del mito a la modernidad: la novela colombiana de finales del siglo XX*, Bogotá, Tercer Mundo, 1990; y Raymond Leslie Williams, *The Colombian Novel, 1844-1987*, Austin (Texas), University of Texas Press, 1991 (trad. al español: *Novela y poder en Colombia, 1844-1987*, Bogotá, Tercer Mundo, 1991).

⁴ Gabriel García Márquez, *La hojarasca*, Buenos Aires, Suramericana, 1973, pág. 11.

Tal vez no lo mejor del animal literario

Buenabestia. El libro de la vida I
Marco Tulio Aguilera Garramuño
Plaza y Janés, Santafé de Bogotá, 1994,
266 págs.

La historia de una decepción. Memoria de una insatisfacción, de una angustia, de un cuasifracaso que bien pueden no implicar acontecimiento alguno digno de mostrar pero que previsiblemente contienen un drama humano similar al

de los grandes desastres públicos. ¿Cuál más podría ser el asunto de este nuevo libro de Marco Tulio Aguilera Garra-muño, el aún recordado escritor colombiano que arrancó con patada de antioqueño —bogotano, él—, a los 25 años con *Breve historia de todas las cosas*? Desde entonces, Aguilera demostró que era un novelista de talento. Sobre todo se lo demostró a sí mismo, pues parecía haber tomado la literatura muy a pecho, dispuesto a destronar a García Márquez (aunque la crítica nacional no pudo dejar de ahogar la ópera prima en una fácil relación con el mundillo garcíamarquiano), a ganarse cuanto concurso —grande o chico— hubiera por ahí, a escribir las novelas más importantes de la narrativa colombiana del siglo XX. Conjeturas comprobables hoy, desde sus 46 años, desde su último texto, enteramente autobiográfico, desde el cinismo ingenuo que no abandona, impenitente, sus ambiciones juveniles.

¿Qué hacer con un escritor que a los 46 años empieza a mirar de retro, a escribir su obra autobiográfica, a querer emular a Proust y a Durrell? Sus declaraciones iniciales a ese respecto no esconden nada; son una declaratoria de ambiciones, tan *naïf* en su formulación que casi se confunde con una madurez sincera. Se justifica: “Me ampara en mi osadía la sentencia de san Pablo: el Señor no juzgará al hombre por sus sueños”. Y aventura: “Aventuro que haré cualquier cosa menos aburrir al poco paciente lector”. Sí aburre. En algunos pasajes. Pero se deja leer hasta el final. No como una novela, no por el suspenso de una historia magistralmente contada para sorprender al lector ansioso de emociones fuertes. Se deja leer a medida que uno va entrando —muy lentamente y, definitivamente, con paciencia— en sus discretas reflexiones, en su tono indiscutiblemente coherente, en su humor resignado, en la intensidad y sapiencia de algunas descripciones, en su ruda, esquemática pero personal percepción de las realidades eróticas. O sea, siguiendo por el camino confesional de las impresiones de lector, *Buenabestia* tiene un solo y definitivo mérito (y agreguemos “extraliterario”, por pedantear): convierte al lector en un cómplice, digamos mejor en un al-

cahuete, del irónico destino, fatalmente literario, de su autor. Toda una confesión, sin lágrimas, más bien con cierta tendencia a la autojustificación, y dando tal vez no lo mejor del animal literario (como literatura, son más consistentes *Breve historia de todas las cosas* y *Cuentos para después de hacer el amor*), pero sí lo mejor de su lucidez y de su voluntad de escritor. Dos cualidades que hacen al buen diarista.



En efecto, en *Buenabestia* se intercala el recurso del diario, bien trabajado al lado del relato de las peripecias de quien pretende escribir un género “grande”, una novela; al tiempo que, para vivir, no deja de escribir (lo cual ya es heroico) un folletín por entregas sobre aventuras eróticas (si es que el erotismo es una aventura) de un álter ego del narrador, alias Marco Tulio, quien a su vez se mira hacer, decir y escribir en tercera persona. Pero en realidad no hay enredo. Aguilera no pretende ser ingenioso en la “técnica narrativa”; sencillamente (a la carga con los adverbios: sinceramente) yuxtapone fragmentos, narra, transcribe y, sobre todo, piensa cómo lo está haciendo Ventura —su héroe—, como lo haría cualquier adolescente en su diario íntimo sin el temor de que sus textos vayan a ser descubiertos.

¿Y de la novela qué? Finalmente la crónica de la flojera de Ventura para

escribir una novela se concreta en la existencia de la novela que es *Buenabestia*. La novela aguanta todo... (y permítaseme decir, pero eso es harina de otro costal, que *En busca del tiempo perdido* y *El cuarteto de Alejandría* no lo son). Para bien o para mal, la novela se ha convertido (eso quizá siempre ha sido lo esencial del género) en un receptáculo de todas las potencias y expresiones literarias: la novela es narración, es drama, es poesía, es ensayo, es diario, es memoria, es divertimento, es crónica, es historia, es fantasía, es crítica mordaz y declaración de principios. Puede cobijar bajo un solo título todas esas manifestaciones y seguir siendo novela. La calidad es otra cosa y depende también de lo que con ella se quiere decir. En nuestro caso, Aguilera no tiene que decir más que su propia desazón, su propio cinismo: el del escritor que le ha apostado —quizá lo haya apostado todo— a vivir de su invento literario, a escribir obras dignas de recordación, y ve, con el paso de los años, que toda vida literaria resulta bien pronto una caricatura, un cebarse irresponsablemente en la soledad para saber que todo éxito es relativo pero que la falta de éxito es agobiante, sobre todo cuando no se tiene vocación de mártir. La novela aguanta todo. A estas alturas, lo tiene que aguantar todo; es el único soporte que le queda a quien la ha elegido como amante, como desahogo de una intimidad frustrada. Y entonces *Buenabestia* es una novela —como dice Aguilera al comienzo, anunciando su tríptico autobiográfico: *El libro de la vida*—, lejos de toda ficción y de toda “técnica narrativa”, que convierte en materia literaria el propio escombros, la decepción, el hartazgo de literatura. Ésa es, al menos, la impresión que deja, en su aspecto más logrado, esta obra del escritor colombiano residente en México.

En *Buenabestia* se encuentran deshilachadas, casi despedazadas por la conciencia, las obsesiones de Aguilera: una sexualidad desaforada (que ha encontrado, sin duda, su propio lenguaje), la pasión literaria (con sus correspondientes: la abstinencia, la aridez, la impaciencia de escribir de un solo golpe la pieza más conmovedora, la angustia de no poder expresarse), el magisterio del

Papá Grande (Gabo, quien pudo haber augurado que Aguilera sería su sucesor), la vida en el exilio, los escrúpulos morales, el producto en metálico de la inteligencia... En general, todas presencias de doble filo que al cabo pueden volverse contra quien sueña una vida literaria y descubre que ella también es una ficción; no una farsa, pero sí una utopía que se recrea una y otra vez, terca, obstinadamente. Esa constancia, quizá, es lo que convierte a este bicho raro, a este escritor de oficio, a esta bestia dominada por la lujuria y por la lujuria de escribir, en una buena bestia que aún quiere producir la mejor obra literaria, con sinceridad, con compromiso. Por ese camino —y éstas no son palabras de consuelo—, un escritor como Aguilera puede conseguirlo. Pongámoslo en la historia de la literatura colombiana —y aun latinoamericana—: el autor de *Cuentos para después de hacer el amor* aún es joven. La desesperación también puede ser un aliado del buen novelista. Si lo lograron borrachines como Lowry o Dylan Thomas...

ÓSCAR TORRES DUQUE

Todo en Colombia es Macondo

La bruja. Coca, política y demonio

Germán Castro Caycedo

Planeta, Santafé de Bogotá, 1994, 280 págs.

¡Espeluznante! Es el único epíteto que se me ocurre darle a esta lectura. Y digo como el filósofo: si la mitad de lo que aquí se dice es verdad, ¡Dios nos libre! ¡Qué poco conocemos a Colombia! ¡Hasta qué punto todo aquí es Macondo, lo mismo Fredonia que Aracataca! ¡Hasta qué punto éste es un reino del *realismo mágico*! ¡Hasta qué punto Colombia es una mezcla de valores y de plagas, y vaya uno a saber ya cuáles son cuáles! Desde este punto de vista, el libro es magnífico. Tiene la capacidad de destruir al lector, de po-

nerlo incómodo y dubitativo. Descubrir qué es eso que llamamos Colombia, tratar ese complejo tan monstruoso que se llama Colombia, está muy bien. Buscar luces. Germán Castro busca luces en la oscuridad, faros que nos comuniquen un poco de su resplandor, que nos muestren qué es lo que está pasando en realidad, puesto que antes de juzgar es preciso conocer, ¡y qué bien poco conocemos! parece decirnos este libro.

Desde el mismo punto de vista, se escogieron muy buenos personajes como referencia: una clásica bruja de Antioquia y uno de los primeros y menos conocidos capos de la droga. Éste es el primero, nos dicen en el prólogo, de una serie de libros sobre lo que es la Colombia de fin de siglo; ya vendrán otros, acaso más dolorosos, o más interesantes: el de Pablo Escobar, que ya está saliendo a la luz pública y que nos muestra también hasta qué punto el ciudadano corriente es el que siempre recibe no sólo los impuestos, sino las mentiras de los unos y las balas y las bombas de los otros.

Lejos de anteriores trabajos, aquí no se trata de la prosa de Germán Castro dando forma novelesca a los relatos de otros; aquí parece ser al revés; el autor no dice más de diez frases propias en todo el libro, aunque el resultado no deja de ser pintoresco. Bien por el contrario, no podía serlo más.

“Hay novela o reportaje. Y ante la dinámica maravillosa de este país, me parece que lo que se impone es jugar a la precisión, a escribir las cosas con el mayor realismo”, escribe Castro Caycedo. Claro está que aquí entra ya el manejo del periodista, puesto que, por más “realista” que sea, es él quien maneja los hilos, quien escoge qué se dice y qué no se dice, quien sabe qué es lo que tiene mayor efecto ante el público lector y si lo que se quiere es escribir un *best-seller*, —y este libro, a nuestro modesto nivel, lo ha sido— o una crónica completamente objetiva. Y aquí es donde veo aparecer los peligros del periodismo a secas, sin intervención —aparente— del periodista. Cada quien le da a un libro como éste la interpretación que quiere. Sana hermenéutica entre lectores cultos. Pero una es la que le doy yo, miembro de una inmensa minoría culta, y otra la que le

da el vulgo apenas letrado. En estas páginas se venden ideas como la de que la brujería es sana o como la de que ella se identifica con la bioenergética; o que más vale ser bruja que presidente o millonario, puesto que todos ellos son modestos clientes de aquellos que todo lo pueden.



Podemos imaginar entonces al lector que simplemente dice que qué bueno que nos muestren lo corruptos que son los políticos, que tan malos son los unos como los otros, que si todos son así, los tontos somos los que no participamos del festín... o podemos imaginar a la que descubre en la brujería su “verdadera” vocación ignorada y se pone a preparar las recetas de los pormenorizados brebajes de culebrero garcíamarquiano que nos regala la bruja, con el objeto de “rezar” a los enemigos..., o podemos imaginar a quien se involucra de lleno en la terrible batalla que se está librando por el dominio del mundo entre el cristianismo y la *Nueva Era*, una especie de conspiración elevadísima que, para completar, predica el amor y la fraternidad entre los hombres, y a la que los ortodoxos acusan de estar dominando el mundo por medio de la felicidad, de la comodidad y del progreso (¡medios bien difíciles de combatir, por cierto, y que por lo visto por aquí no deben haber aparecido todavía!) y de mensajes satánicos subliminales (discos escuchados al revés que loan a Satán y sus adeptos) y en general con todo el *rock* y me imagino que hasta con la agradable (y aparentemente inocente) música *New Age*. Del otro lado del tinglado está el versus, su enemigo total, una recalcitrante variante del cristianismo que no solamente